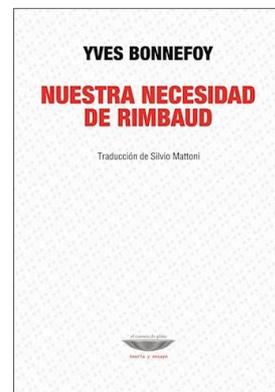


Sobre *Nuestra necesidad de Rimbaud*, de Yves Bonnefoy

Jesica D. Lenga
Universidad de Buenos Aires
jesicalenga@gmail.com

Reseña de *Nuestra necesidad de Rimbaud*, Buenos Aires: El cuenco de plata, 2017. 288 pp.



Para enfrentar la lectura de *Nuestra necesidad de Rimbaud* de Yves Bonnefoy debemos tener en cuenta que estamos en presencia de un libro que no ha sido escrito por un autor dedicado exclusivamente a la reflexión teórica o a la crítica literaria, sino que es fundamentalmente un poeta y, lo que es más importante, escribe desde su rol de poeta. El libro está compuesto por una serie de textos sumamente heterogéneos: ensayos, artículos publicados en revistas literarias, prólogos que su autor ha escrito para volúmenes de poesía de Rimbaud y hasta transcripciones de conferencias dictadas en universidades europeas; todos, sin embargo, comparten una preocupación común: la toma de distancia respecto a la producción académica. En las páginas del prólogo, las únicas producidas originalmente para este libro, Bonnefoy aclara su falta de pretensión academicista y postula que su obra no es fruto de una investigación erudita, sino más bien la lectura de un poeta acerca de otro. Luego, comenzará cada uno de sus textos oponiéndose a todo el aparato discursivo montado alrededor de la obra de Rimbaud que, a su criterio, solo ha logrado hiperconceptualizar, sobrecargar con teorías y de este modo deshumanizar la palabra de un poeta que precisamente, buscaba con su poesía lograr el efecto contrario. Bonnefoy reclama para Rimbaud un lector más inocente, que para comprender su poesía lea su poesía en lugar de buscar la asistencia de las explicaciones de un “lector profesional”. Toparse con esta demanda, en un libro que precisamente estaría tratando de elucidar la poética rimbaldiana, podría parecernos en un principio, contradictorio, no obstante, Bonnefoy define a *Nuestra necesidad de Rimbaud* no como un texto analítico sino como un “diario de su afecto” por ese poeta. Ciertamente, en todas las páginas de su libro lo que subyace es el amor de un fan enamorado de su objeto de estudio, que abordará planteándose las preguntas: ¿Cómo

aproximarse al objeto amado? ¿Es posible ser sistemático con él? Podríamos pensar que la estructura aparentemente caótica, caprichosa de este libro que reúne textos distintos sin intentar vincularlos y ni siquiera recomponer una cronología está expresando la imposibilidad de establecer un método, de captar científicamente aquello que se ama. Los ensayos que componen *Nuestra necesidad de Rimbaud* funcionan como “iluminaciones”, como tentativas para captar al poeta desde aristas distintas, brindándole a los lectores una imagen total del autor, reconstruida a través de fragmentos.

En el primero de los ensayos que aparecen en el compendio, y que además es el que le da título, Bonnefoy califica a Rimbaud como un amigo, un compañero de ruta, y por cierto, tenemos como prueba de esta amistad la distancia temporal entre las distintas incursiones que realiza sobre su poesía, que van desde 1961 hasta 2008, mostrando que nunca dejó de volver a ella. Pero además, más allá de los textos que le están dedicados específicamente, Rimbaud se hace presente en todas las producciones de Bonnefoy, funciona como un leitmotiv en su obra: surge cuando reflexiona sobre el teatro Shakesperiano en *La vacilación de Hamlet* o cuando analiza el arte renacentista en *El territorio interior*.

Sin embargo, es solo en *Nuestra necesidad de Rimbaud* donde Bonnefoy consigue que el afecto de un lector por su autor favorito se vuelva palpable; sin ninguna pretensión de objetividad —“ser uno mismo no es tanto un derecho como un deber” (10), sostiene a propósito de su decisión de posicionarse subjetivamente para escribir— Bonnefoy no tiene pruritos para declarar su predilección: “Ningún otro más que él me requirió en poesía con tanta intensidad, tanta inmediatez, tanta cercanía en su voz” (10). Así, una de las cosas más bellas del libro de Bonnefoy es que más que discutir *sobre* un autor, a lo que se refiere es a la relación amorosa que todo lector mantiene con sus escritores y libros favoritos. Bonnefoy construye su obra en base a esa sensación, que todo lector atraviesa, de que existen libros que le hablan específicamente a él, y que ciertos autores pueden “conocerlo”, hasta el punto de saber qué decirle y tener el poder de transformar su vida. Todo esto representa el autor de *Una temporada en el infierno* para él: “Le debo mucho a Rimbaud, pocos poetas me importaron de una manera tan esencial, como una revelación de lo que es la vida, de lo que espera de nosotros, de lo que hay que desear hacer con ella” (13).

Admitiendo su deuda con Rimbaud, Bonnefoy lo convierte en suelo nutricio de su propia obra, en el responsable de formar su propia concepción acerca de la labor poética, es más, por momentos parecería ser que Rimbaud en su libro, es un pretexto para explicar sus propias nociones acerca de lo que la poesía debería ser. Bonnefoy se identifica tanto con su maestro y mentor que en ciertos pasajes del libro su voz parece fundirse con la poesía del creador de “El barco ebrio”.

En los versos de Rimbaud, Bonnefoy encuentra inspiración para forjar sus ideas respecto a la importancia de la presencia del sujeto en el

poema. Dentro de uno de los ensayos más extensos del libro, titulado simplemente “Rimbaud”, Bonnefoy postula que el aporte fundamental de la poética rimbaldiana fue su intento por transgredir el uso ordinario de las palabras para despojarlas de su contenido conceptual y, de este modo, hacer resurgir la presencia de las cosas que esas palabras evocan. Ya desde sus primeros poemas, Rimbaud se preocupa por capturar primeras impresiones en bruto, por recuperar lo espontáneo, lo vivo del lenguaje, instalando un uso de la palabra más conectado con los sentidos, liberándolo de la “cárcel” del pensamiento puramente racional. La tesis de *Nuestra necesidad de Rimbaud* es que este se vuelve un modelo a seguir para otros poetas precisamente por haber practicado una escritura no gratuita, no preocupada exclusivamente por cuestiones formales, Rimbaud vio en la poesía una posibilidad para conquistar una mayor libertad para el hombre; en su proyecto de provocar “el desarreglo de todos los sentidos” empleando sinestesias, asignándole colores a las vocales, realizando adjetivaciones inesperadas, Bonnefoy ve un intento por desautomatizar y desnaturalizar el orden convencional del discurso puesto que “quien pone en cuestión el orden de las palabras, critica el orden de las cosas”.

En cierta forma, podría decirse que en este libro, Bonnefoy construye a la poesía de Rimbaud como aquel territorio utópico que imagina en *El territorio interior* en el cual pudiese experimentarse una epifanía de lo “indesecho”, lo no fragmentado. Al apartarse del pensamiento analítico que fragmenta el mundo para comprenderlo, el discurso poético en Rimbaud se vuelve un espacio donde la palabra podría recuperar la unidad perdida; hay algo de obsesión romántica en este Rimbaud de Bonnefoy que aspira, casi rousseauianamente a recuperar su unidad con el mundo. Al formular su, quizás más recordada frase, “Yo es Otro”, lo que Rimbaud estaría afirmando es que, detrás de ese “yo”, que el discurso racionalista ha convertido en un objeto, existe un Yo auténtico, que solo la palabra poética puede desentrañar y, precisamente, esa es la contribución que la poesía puede hacer al mundo.

Colocándose en las antípodas del pensamiento beckettiano, Bonnefoy se resiste a pensar en la poesía como un mero ejercicio retórico, una expresión del sinsentido del lenguaje, se niega a considerarla un arte sin aura, desacralizado; para él la poesía debe preservar su dimensión sagrada, tal como la habían concebido Dante, Shakespeare o Baudelaire. Hay una idea que reaparece una y otra vez a lo largo de ensayos de Bonnefoy tales como *La alianza entre la poesía y la música* o *El nombre del rey Asiné* y es que el ejercicio poético no puede ser un juego solipsista, que la palabra en el verso debe lograr una comunión con el otro, tiene que servir para reinventar la relación entre los hombres. Así, atribuye este intento rimbaldiano por huir de la significación conceptual a una voluntad por abrirse a las interpretaciones y vincularse con el otro.

La operación que Bonnefoy realiza es atribuirle a la obra de

Rimbaud la misma vacilación que la que podemos hallar en sus propios versos entre la esperanza en el poder de la poesía para transformar la vida, muchas veces incluso contra toda lógica, y la necesidad de terminar con lo ilusorio, de arribar a una dolorosa verdad. “Esperanza y lucidez” podría haber sido, sostiene Bonnefoy, otro título para este libro que postula que esta ambigüedad de elementos que coexisten en una pulsión de guerra, nunca dejó de estar presente en la obra de Rimbaud. Incluso en los momentos de mayor desencanto con respecto a la palabra, aun en *Una temporada en el infierno*, cuando ya era consciente de su fracaso, Rimbaud no abandona su búsqueda para encontrar palabras que conviertan a la existencia en una experiencia compartible y, por ende, dueña de un sentido. Bonnefoy elige creer que Rimbaud opta por la esperanza, incluso cuando sea este inagotable deseo de lo absoluto lo que provoque el desgarramiento, lo que traiga el infierno. Si la pregunta inicial del libro era por qué debemos continuar leyendo a Rimbaud, por qué seguimos necesitando a Rimbaud, la respuesta que finalmente podemos hallar es que él comprendió como ningún otro que la tarea de la poesía consiste en saberse un hecho imposible, Rimbaud instala para todos los poetas que vinieran después la exigencia de convertir a esa dificultad en su objeto, a mantener la ambigüedad entre fantasía y verdad, entre preocupación estética y compasión por el otro hasta el final.

En el prólogo que dedica en 2003 a una reedición ginebrina de *Una temporada en el infierno*, Bonnefoy califica a este libro como “una botella que su autor arrojó al mar”. Ya en *Nuestra necesidad de Rimbaud* se posiciona como el caminante que encuentra esa botella en la arena, postula que nadie más que él ha comprendido su mensaje y que su poesía ha sido malinterpretada, reducida a simplificaciones y reclama que finalmente sea escuchado. Con su libro, Bonnefoy estaría finalmente rescatando al “auténtico” Rimbaud para entregar a los lectores su legado. El problema es que el Rimbaud con el que nos encontramos se limita a repetir, a veces idénticamente, formulaciones teóricas del propio Bonnefoy. En resumidas cuentas, el “auténtico Rimbaud”, el Rimbaud de Bonnefoy, se parece demasiado a Bonnefoy.